

KARL VOSSLER, HISPANISTA

Don Federico se daba cuenta del gran parecido que existía entre la función rendida por Karl Vossler en Alemania, durante la primera mitad del siglo XX, y la suya en los Estados Unidos, y lo citaba con frecuencia en sus conferencias. Ambos habían empezado sus carreras pedagógicas como filólogos, aunque le dieron a sus estudios un enfoque cultural, que hacía parecerlos más bien sociología o filosofía que lingüística; y ambos, después de toda una larga vida de investigaciones, terminaron escribiendo sobre Hispanoamérica.

En lo que se refiere al Mundo hispánico, estaban interesados en los mismos temas: en el Renacimiento, sobre todo en Fray Luis de León; en el Siglo de Oro, principalmente en Cervantes, Calderón, y Lope de Vega; en la gran unidad nacional española y su popularismo durante su época de apogeo. Vossler, lo mismo que don Federico, opinaba que en España lo popular se señaló siempre por su notable tendencia a subir y penetrar hasta el más alto cultismo. En su ensayo "El idioma y los estilos" publicado en **Literatura Española Siglo de Oro** (México, D.F., 1941) nos dice:

Toda la estructura idiomática y literaria de España en su Siglo de Oro, se diferencia y descuella sobre la de Italia, Francia y Alemania por la solidez de sus fundamentos populares, cuyos cimientos se van alzando y elevando como unos pilares y sustentan el artificioso ornamento del tejado.

Y sobre todo estaban interesados en el realismo español: un realismo muy distinto al naturalismo europeo y que según Vossler mantenía vigente, más que ninguna otra nación europea, una tradición moral que iba más allá de los estilos literarios.

Habían bebido de las mismas fuentes. A veces, hasta parece que se habían adiestrado con los mismos maestros. Lo mismo que Unamuno, Vossler en su libro, **Positivismus and Idealismus** (Heidelberg, 1904) reacciona en contra del positivismo europeo del siglo XIX; y, como Menéndez Pidal, en su artículo, "Der hispanische Traditionalismus", publicado en el **Frankfurter Zeitung** (agosto, 1943), exalta al tradicionalismo español. Una tradición, según él, en continua renovación como en ninguna otra nación europea. También, lo mismo que don Ramón, en su libro **Algunos caracteres de la cultura española**, (Madrid, 1941), trata de definir las características principales de la cultura hispánica.

Ambos también estuvieron fascinados por sendas poetisas hispanoamericanas: Karl Vossler, por Sor Juana Inés de la Cruz; y don Federico por Gabriela Mistral. Este parecido posiblemente se deba al clima de la época.

Como diría el crítico alemán, los dos tenían presencia espiritual de su generación. Pues no obstante ser ocho años mayor que don Federico, Vossler escribía sobre estos tópicos hispanófilos en edad avanzada, cuando ya había llegado a la plena madurez intelectual, lo cual le dió a su obra un sabor añejo de frutos tardíos. Y aunque vivieron en lugares y circunstancias muy distintas ambos fueron excelentes representantes de un mismo período.

Sus primeros contactos con España datan del 1909, cuando a los 30 años de edad Vossler hizo un viaje de recreo por la Península; por cierto, de poco provecho. Fuera de la pintura española (Velázquez, Murillo, Goya) esta primera excursión fue de escaso interés para el joven literato, no volvió más hasta veinte años después, en 1929, cuando vino a España a dar varias conferencias, invitado por las Universidades de Madrid y Barcelona. Mientras tanto, durante estos años de ausencia, mucho había ocurrido en la escena continental, incluso toda una guerra mundial, y la calamitosa derrota de Alemania. Posiblemente, sea debido a estas nuevas circunstancias que la actitud de Vossler frente a España cambia radicalmente. Es un hecho conocido que el profesor y crítico de las lenguas y literaturas románicas, el Rector de la Universidad de Muñich, empezó a dedicarse con verdadero ahinco y cariño al estudio de la literatura española cuando ya tenía más de cincuenta años de edad.

Había iniciado su carrera especializándose en la literatura italiana. Su predilección por Dante culminó en la obra monumental en cuatro tomos sobre **La divina comedia**, explicándola desde los puntos de vista filosóficos, religiosos, ético-políticos y literarios. El hecho de que formara estrecha amistad con el filósofo italiano Benedetto Croce y se casara con una aristócrata italiana contribuyeron al vivo interés que tomó en todo lo italiano. Enseñaba entonces sobre todo lengua y literatura italianas en la Universidad de Heidelberg, pero más tarde, cuando se trasladó a la Universidad de Würzburg, en 1909, tuvo que dedicarse principalmente al francés. Utilizó entonces la historia de la lengua francesa para ilustrar sus teorías del idioma en el libro **Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung**. En aquellos años siguió dedicándose a la interpretación de las dos literaturas, francesa e italiana, hasta que en el año 1924 escribió su famosa **Carta española a Hugo von Hofmannsthal**, con la cual se inició la fecunda época de su crítica de la literatura hispánica.

He aquí pues el primer problema con el cual debiera ocuparse el estudiante de Vossler como hispanista. ¿Cuáles fueron los motivos que le empujaron en esta dirección? ¿Porqué dedicó este crítico filosófico los 25 últimos años de su vida a la interpretación de lo hispánico, después de haberlo casi ignorado en su obra de los 25 años anteriores a 1924? Habrá, indudablemente, razones personales relacionadas con la época y la nación en que vivió, que le habrán decidido a buscar inspiración en la gran literatura de la España del Siglo de Oro, en la halló una vitalidad y unos valores positivos, que carecían su nación y su siglo.

J.F. Montesinos, en su prefacio a la **literatura española Siglo de Oro de Karl Vossler**, dice:

Vossler hace en estos años, o rehace, el descubrimiento que ya hizo Goethe, que hicieron los románticos alemanes: la gran tragedia histórica de Alemania se origina en el hecho de ser ella más

bien un gigantesco conglomerado político que un pueblo, una nación. Para los pueblos y para los espíritus atormentados la historia vuelve a ser la maestra de la vida. Vossler vuelve los ojos hacia una nación romántica, la única que puede ofrecer a los alemanes enseñanza magistral sobre el arte de ser nación. Vossler descubre —como Tieck, como Schlegel, y en circunstancias parecidas— la nación española (p. 12).

Queda a comprobar a través de la obra de Vossler, por medio de sus propias afirmaciones, las razones íntimas de su cambio de interés hacia lo hispánico. Como he dicho, debió de haber razones personales relacionadas con la reconstrucción germánica durante el período de la post-guerra, escrúpulos que le impidieron volver a sus estudios franco-italianos, que le forzaron a buscar inspiración en la literatura de España del Siglo de Oro, en donde indudablemente encontró los valores positivos de que Alemania carecía en aquel momento de crisis nacional. Y sin embargo, Vossler fiel hasta el fin a los valores de la República Weimar nunca ingresó en el partido fascista.

En circunstancias parecidas, a las de Schlegel, descubre la unidad ejemplar de la nación española en su período de apogeo nacional. Rehace el descubrimiento que ya hizo Goethe y que hicieron los románticos alemanes. Alemania, ese gigantesco conglomerado político que es más bien un pueblo que una nación, busca en España la razón de ser de unas gentes que comparten una unidad cultural. Se da cuenta que Alemania es una raza, el mundo hispánico, una cultura compuesta de elementos raciales muy diversos y admira desde lejos cualidades que añora aunque sabe que Alemania nunca la poseerá. Así en el ensayo **Realismo en la literatura española del Siglo de Oro** no habla el autor solamente del realismo español (del cual sigue hablando en muchas otras obras suyas), sino también de las interpretaciones diferentes de la naturaleza en España y en el resto de Europa durante el Renacimiento, y del género pastoril y caballeresco según aparece distintamente en Italia, Francia y España. Aquí varios temas están entretnejidos, como lo son también en su ensayo como la **Carta española** los temas del honor, la fe y el patriotismo, la épica española la novela picaresca y la “acción en prosa” de la **Dorotea**. Explica algunos rasgos del barroco en el ensayo “**La décima musa de México**” **Sor Juana Inés de la Cruz**, y del conceptismo específicamente en su introducción a una traducción de Gracián por Schopenhauer. Habla de espontáneo, lo dinámico de la literatura española y del don de la improvisación del genio español en la **Carta española** y en **La fisonomía literaria y lingüística del español**.

En los dos últimos ensayos muestra también los muchos contrastes que existen en el carácter español y en la literatura española, que puedan parecer contradictorios, pero no lo son, siendo solamente distintos aspectos de una sola unidad. En estos y otros ensayos también abarca el problema del Renacimiento en España y del desarrollo peculiar del teatro del Siglo de Oro. Estos temas y otros, sobre todo el del tradicionalismo español surgen en el brillante libro póstumo, **Spanien und Europa** (1952), en que pasa Vossler una vista rápida pero penetrante sobre la historia y literatura de España desde sus principios hasta el presente. Todo un libro dedica Vossler al tema de la soledad en la poesía española, otro a Lope de Vega y otro a Fray Luis de León.

De estas monografías, como de los ensayos de temática más general y de los que tratan de asuntos específicos, habrá que abstraer lo esencial de las

teorías del gran crítico, ordenarlas según cierto sistema lógico, para quedarse al fin con una visión clara del carácter, la cultura y específicamente la literatura española como interpretados por el claro entendimiento filológico-filosófico-crítico del hispanista Karl Vossler.

El estudio definitivo sobre el hispanismo de Karl Vossler está todavía por hacerse, pero lo que está claro desde un principio es que las técnicas literarias del crítico alemán durante esta última etapa de su vida son las de un comparatista. Teniendo como punto de partida su gran conocimiento de las literaturas de la Europa Central (Alemania, Francia, Italia) nos hace una serie de estudios reveladores entre la literatura española y las de otros países como son: "Calderón y Goethe" (Montevideo, 1933) y **Lope de Vega y su tiempo** (Munich, 1947), **La poesía de la soledad en España** (Munich, 1950), **España y Europa** (Munich, 1951), y otros. Como buen comparatista, nos define los distintos "ismos", y entre estos de primera instancia es la comparación del "realismo español" —al que dedica un libro, y varios artículos— y el naturalismo europeo, en donde continua su ataque en contra del "positivismo" europeo del siglo XIX.

Cuando se estudia la obra de Karl Vossler no se puede aislar su obra de crítico literario de su filosofía de la lengua o interpretación idealista de la filología. Sus tratados **Positivismus and Idealismus in der Sprachwissenschaft** (1904), y **Sprache als Schopfung and Entwicklung** (1905), fueron la causa de una polémica apasionada entre los filólogos contemporáneos y parece que todavía no se hayan reconciliado del todo las escuelas opuestas. Para el investigador de la obra de Vossler surgen aquí dos campos de estudio: el uno es, evidentemente, el estudio de la escuela positivista, cuyos excesos en la interpretación de la filología combatía Vossler con tanto afán. El otro es un estudio de la filosofía, las teorías de la estética, la crítica literaria y la interpretación de la lengua del filósofo moderno Benedetto Croce, para determinar hasta qué punto influyeron las ideas idealistas del amigo mayor en la sensibilidad y las ideas del joven crítico alemán. La tremenda admiración de éste para Croce como hombre, crítico y filósofo se puede ver en los tres ensayos que escribió sobre su amigo, recogidos en **Aus der Romanischen Welt**: "Dialektik and Charakter", "Benedetto Croce", y "Bnedetto Croce Sprachphilosophie". Para determinar exactamente cuánto influyeron las ideas nuevas de Croce en la obra de Vossler, habrá que hacer un estudio minucioso de las obras de los dos pensadores y de su copiosa correspondencia, publicada en 1951 y traducida al alemán por su hijo Otto Vossler.

La premisa filosófica de Vossler es evidente. El divide las ciencias en dos grupos: las ciencias naturales que tratan de establecer reglas universales, lo cual le parece a él perfectamente bien; y las ciencias sociales, que el llama históricas, interesadas en entender casos aislados y por lo tanto más cerca del proceso de la voluntad individual. El problema del realismo español, tan importante para Vossler, está relacionado estrechamente con el estudio de la lengua y es un problema de la estética. Para Vossler, como para muchos de los grandes científicos modernos, la objetividad absoluta es imposible, no existe, como no existe tampoco el naturalismo puro. Al examinar el realismo español

encuentra que éste no ha sentido la influencia naturalista que ha dado nuevos horizontes al pensamiento del resto de Europa, pero tampoco los ha combatido.

Hay que admirar de antemano que el término "naturalismo" ha sido empleado por algunos críticos dándole el mismo significado que se le suele atribuir a la escuela realista, en el sentido de que el naturalismo literario es una imitación exacta de la naturaleza y consecuentemente es una extensión literaria de este mismo fenómeno. Ya en 1960, en Francia, donde se originó este término, fue empleado por los Goncourt, y más tarde por Zola, su seguidor, como sinónimo, en un sentido amplio, de realismo. En cuanto a esto último, para Champfleury, quién inició el movimiento en Francia, en 1853, nunca estuvo claro en su propia mente de lo que el mismo quería que el término verdaderamente significase. Lo que sí hemos sabido desde un principio es que existe una relación muy estrecha entre el naturalismo y el positivismo. Los dos son el producto de la misma época— ambos llegan a fines de la Revolución liberal.

El naturalismo es en la literatura lo que el positivismo es en la filosofía y las ciencias sociales. En el mundo hispánico los mismos que al principio creyeron en el progreso y en la eficacia de los métodos científicos son los que más tarde se adhieren a esta nueva escuela literaria.

El problema está en que algunos críticos han usado el término "naturalismo" para designar exclusivamente a la escuela literaria encabezada por Zola. Zola y sus discípulos indudablemente aceptaron muchas de las ideas y técnicas del positivismo, pero, por alguna razón perdieron el optimismo inherente en la filosofía positivista. En sus principios los héroes del positivismo fueron los ingenieros y los científicos, hombres como: Fernando María Lasseps, el frustrado héroe del Canal de Panamá; William Wheelwright, el que cruzó los Andes con vías férreas; o Pepe Rey en **Doña Perfecta**, cuyas intenciones eran buenas, pero nunca llegó a entender la virulencia de las fuerzas conservadoras en la Península. Por su parte, la novela naturalista de Zola no tenía héroes, sólo protagonistas. Lo mismo se podía decir de la novela picaresca, aunque para Vossler hay otras diferencias importantes.

Cuando nos ocupamos de la literatura alemana del período que estamos examinando, debemos tener presente que el término "naturalismo" entre los autores y críticos alemanes nunca tiene el significado restringido de "naturalismus". Este término, tal como ha sido empleado por los eruditos alemanes, se aplica exclusivamente a la literatura alemana de los últimos años del siglo XIX.

El naturalismo, en la forma en que fué expresado por Zola y otros escritores franceses, fué ya desde su origen incompatible con los valores españoles que tanto admiraba Vossler. Arrancaba del supuesto pseudo científico de la existencia de un determinismo genético, modificado más tarde para dar entrada a un determinismo social. Consideraba al hombre como cualquier otra criatura simplemente, gobernado por ciertos impulsos básicos, todos ellos físicos. Negaba la posibilidad de sustraerse a las circunstancias, y era sencillamente una racionalización moderna de la predestinación.

Todo esto era enteramente opuesto al fundamental idealismo español, eje central de Vossler pues negaba la base de la dignidad social del individuo y era teológicamente heterodoxo, y por lo tanto incompatible con la posición de Vossler. Vossler, aunque protestante, se había criado en Munich, ciudad católica, y entendía lo español perfectamente bien.

Los aspectos racionales de la teoría naturalista fueron muy sugestivos para el hombre moderno el cual tenía a su alrededor pruebas abundantes de los progresos científicos. Técnicamente, la novela naturalista francesa deparó algunos avances evidentes hacia el realismo: la ilusión de la realidad merced a la acumulación de detalles obtenidos de observaciones, el efecto sorprendente de una tendencia a ocuparse de cosas consideradas hasta entonces demasiado bajas para la grandeza literaria y la fuente aparentemente lógica de su motivación.

Cuando la Pardo Bazán trató de adaptar este procedimiento literario a la realidad española, pronto descubrió que debía, en primer lugar, prescindir de la teoría general del naturalismo y su preocupación por extrema sordidez, y limitarse a tratar de salvar su técnica.

El naturalismo surgió como una reacción contra el idealismo, tanto clásico como romántico. Ese mismo idealismo que Vossler y Croce habían defendido. Halló su zona de dominio en la descripción de la vida moderna, especialmente de las grandes ciudades, y concentró su atención en caracteres que en otras épocas literarias no hubiesen sido considerados como personajes literarios.

Claro está que todos los elementos culturales (principalmente el positivismo, tanto filosóficos como científico) que afectaron al naturalismo en Europa Central durante la última parte del siglo XIX, se dejaron sentir también en el mundo hispánico. Pero según Vossler los grandes modelos del realismo español —**La Celestina, Don Quijote, El Lazarillo de Tormes, Fortunata y Jacinta**— estuvieron siempre basados en una forma de humanidad literaria con hondas raíces en el pasado, incompatible con las obras europeas teóricas y abstractas del siglo XIX. Cualquier analogía que haya podido haber entre algunos de los géneros literarios españoles —la novela picaresca, la novela de truhanería o la de Pereda— y el naturalismo, ha sido para Vossler enteramente superficial.

Hay críticos, como Américo Castro, que han indicado el paralelo entre la novela naturalista y la picaresca. Se ha dicho que en la novela picaresca se trata de la más baja esfera de la sociedad, el elemento más negativo de la humanidad. Podría también decirse que la novela picaresca, lo mismo que la mayoría de las novelas naturalistas actuales, no es una novela en el verdadero sentido de la palabra; no tiene un argumento determinado en torno al cual se desarrolle la acción. Como muchas de las novelas naturalistas de tendencia social de hoy, la novela picaresca se ocupa de un protagonista, el pícaro al cual se le sigue de aventura en aventura durante toda su actuación. La novela solamente tiene una trama y un escenario mientras el pícaro permanece en un lugar determinado; cuando prosigue su camino, la novela le sigue los pasos. De suerte que una novela picaresca es la historia de una persona, y de una serie de

acontecimientos relacionados con las andanzas y acciones de dicha persona. Pero la novela picaresca nunca ha tomado como punto de partida una premisa científica o una tesis social. No es abstracta; antes al contrario, es siempre humana y real. Uno llega a sospechar que para Vossler lo real y lo abstracto son los dos polos opuestos.

La novela picaresca no hace relación a la vida de cualquier otra persona que no sea el pícaro. Los demás personajes con los que el pícaro se pone en contacto son mirados a través de sus ojos, por lo que solamente pueden ser interpretados como complementos de su carácter, como exponentes de sus diversas actitudes; aunque a veces dé la impresión de que explica los vicios personales como resultado del ambiente social. Pero el personaje central como dice Vossler es visto dentro y no desde afuera como lo es frecuentemente en la novela de tesis.

Al igual que algunas de las novelas naturalistas, la novela picaresca es fiel a su carácter desde el principio hasta el fin. Siempre es narrada en primera persona. Somos informados de lo que el pícaro ve y piensa. Es como si fuera un filtro que sólo permite traslucir colores oscuros y negativos, un punto de vista, "la atalaya humana". Estamos ceñidos a sus prejuicios y a sus limitaciones personales. Como digo describe toda la vida del pícaro, desde los orígenes hasta su muerte, aunque sea en capítulos incoherentes. Carece de trama. No hay intriga, y no hay cambios de carácter. Se ven episodios sin ninguna relación entre sí, y al final todo queda como al principio. Hay quienes dicen que mediante la exposición de los males sociales pretende la reforma de la sociedad, pero carece de un plan de acción social preconcebido como es el caso de las novelas proletarias.

En cuanto al carácter, no se ve toda la personalidad del protagonista. Es presentada de una manera estrecha, con condiciones especiales e invariables. La situación nunca cambia bastante para mostrar otros aspectos de la personalidad que los más elementales y rudimentarios. El pícaro en la novela es un ser libre, instintivo, sin obligaciones morales ni sociales. Es como el existencialista circunstancial moderno en cuanto a que la única cosa que le concierne es existir. "Después de mí, el diluvio". Tiene todas las características negativas de ser holgazán, trapacero y rapaz. No tiene oficio ni beneficio, ni adhesión a ninguna clase de valores positivos, tales como patriotismo, moralidad, ni aun convencionalismos sociales. Tampoco es capaz de enamorarse, porque el amor lleva consigo obligaciones. Los protagonistas obran por su propio provecho, sin tener en cuenta el resultado por lo que se refiere al bienestar de los demás. Tiene que conseguir el pan de cada día, aunque otro esté hambriento. Roba, hurta, estafa para lograr lo que desea. Su mundo espiritual no sabe de confines, camina por él según su impulso, siguiendo su libre albedrío, que venimos diciendo sin guiarse por normas morales y obligaciones sociales.

En todo esto se ve un gran parecido con la técnica naturalista, aunque en la novela picaresca estamos más preocupados por el individuo que por la sociedad. La sociedad es un concepto moderno, pues como nos dice Vossler el sentido profundo de esta novela no está en los obstáculos que el pícaro encuentra en su vida, sino en el instinto de conversación y en el valor que revela

su espíritu animoso. Admiramos, secretamente su libertad. El pícaro hace lo que le da la gana. Y lo que es tal vez más importante para el crítico alemán a través de toda la narración del **Lazarillo** fluye una honda compasión por los desheredados de la sociedad, quienes nunca pierden su individualidad ni su básica dignidad humana.

El pícaro, según Vossler, es un ser humano que, independiente de las teorías sociales contemporáneas de finales del siglo XIX, ha existido en todas las culturas y en todas las épocas, y no el producto de una era positivista. Es el primo hermano del paria oriental, que no deja huellas en este mundo en su marcha fascinante de explorador sin objeto; del **bum**, del **beachcomber**— esos desheredados de la tierra anglosajona; del linyera, el eterno navegante de la pampa a quien nada le pertenece, ni él pertenece a nadie ni a nada. Es él de la casta de los V.C. Fields, de los Cantinflas, de todos esos filósofos, que aunque sepan mucho de libros han aprendido más de la vida y de la tradición popular. "Piensa mal y acertarás". Pero según Vossler nunca es abstracto. Por eso es por lo que el naturalismo nunca pudo encajar en una literatura tradicional y humana como es la de los países hispanos.

Por otra parte, puede decirse que en Europa Central durante el siglo XIX, el realismo (y en este término va incluido el naturalismo), puede ser definido como una técnica literaria que pretende explicar las cosas materiales del mundo de los sentidos a través de ellos mismos, con independencia de cualesquiera otras posibles influencias extrañas o inmateriales. Se limita expresamente a ver y mostrar el asunto objetivamente, tal como es, aunque a veces la interpretación subjetiva de los supuestos análisis objetivos de los autores no puede ser descartada. Se atiene a reglas determinadas, y puede ser clasificado como una escuela literaria.

Pero cuando leemos las mejores y más representativas obras maestras de la literatura hispánica, nos encontramos, como dice Vossler, con que por encima y más allá de una fiel reproducción del mundo que nos rodea, el sentido del realismo penetra en la materia física y alcanza el corazón y el alma de la vida en sus más universales y amplias proporciones. Aquí el arte se ha tomado la libertad de dejar a un lado el razonamiento abstracto y conciso, lanzando una mirada fresca e interesada a las cosas, y así descubre que la materia tiene un significado personal, que la naturaleza está viva, y que el hombre es una criatura esencialmente irracional cuya existencia está determinada por actos e ideas vitales, no por la fría lógica. El realismo es libre de cambiar su forma y apariencia según la naturaleza de una cosa particular en una circunstancia especial, en un momento vital, determinado. Escapa inmediatamente del estrecho proceso de la definición, identificándose con la simple realidad, y descubre que esta realidad de la vida es la fuerte complejidad con la que todo ser humano tiene que forcejear desde la cuna hasta la sepultura. Pues como nos dice T.S. Eliot, lo importante en este mundo son tres cosas, y solamente tres: el nacimiento, la cúpula, y la muerte.

La técnica naturalista puede ser aplicada hábilmente por un escritor competente. El verdadero artista, según Vossler, no maneja los recursos con la soltura y claridad de un observador objetivo, pero siente el pulso de la vida en

todo lo que toca. Unifica su propio espíritu con las abundantes potencialidades de su objeto, y reaccionando personalmente ante las cosas materiales recrea la vida, y le infunde nuevo significado. El artista que intuitivamente percibe el significado de las cosas y después intenta expresarlo, capta la esencia de la realidad desde el momento en que produce un todo nuevo y sintético. La realidad obliga al hombre a comprometerse, a enfrentarse con la verdad en cualquier forma que ésta pueda aparecer, y a obrar de acuerdo con esta comprensión de ella. Este contacto subjetivo y espiritual es la única experiencia de la realidad capaz de acción y de creación. Lo que permanece fuera del hombre, sea naturaleza o materia, o conceptos absolutos, no es real. Sólo cuando el hombre reacciona ante ello, cobra el mundo vida e importancia. El realismo en este sentido —como el conocimiento de la vida— permanecerá siempre como un ideal, pero también será el invencible incentivo de alcanzar lo más alto, de crear lo más perfecto, y descifrar la realidad por la imposibilidad. Deposita la dignidad humana en la última de sus criaturas, el pícaro, y la sabiduría y la razón en el más absurdo de los personajes, don Quijote. Pues como decía Santayana empezamos a ser racionales cuando nos damos cuenta de que somos irracionales.

Para Vossler, el realismo entendido de esta forma es la visión espiritual de la verdad en la existencia humana. Tal y como se manifiesta en la literatura, adopta tantas formas y matices diferentes como individuos existen con sus circunstancias humanas; en un mundo vital, donde aparecen juntos el pícaro y el místico. Pues como decía Vossler, por debajo de sus externas diferencias, son criaturas de un mismo pelaje.

Podríamos resolver así que según Vossler la diferencia entre naturalismo europeo y realismo español está en el punto de partida en la motivación del autor: el uno es teórico, científico, abstracto; el otro es humano y vital. Uno de los temas más sutiles en la obra de Vossler es la comparación entre el místico, el pícaro y el caballero.

Vossler pertenecía a esa vieja escuela de moralistas que creían que la literatura y el arte tenían como propósito un fin moral, y por lo tanto, como maestro, se sentía con el derecho, mejor dicho la obligación, de aconsejar a la nación alemana durante los días difíciles por los cuales estaba pasando. Como Rector de la Universidad de Munich, estuvo siempre en constante contacto con el público alemán, y no dejó jamás de llamarles la atención sobre la importancia del ejemplo de la cultura española para todos los problemas de la vida. Hasta llegó a considerarse como un ciudadano espiritual del mundo hispánico. “Estoy orgulloso de considerarme, además de alemán, algo así como un ciudadano espiritual de España”, solía decir.

Ya en su vejez estuvo en Hispanoamérica, y releyó la literatura hispanoamericana. Lo mismo que don Federico pensaba que para entender lo europeo había que conocer lo americano, ya que en América se encontraban vivas muchas manifestaciones, históricas y literarias, que desde hacía siglos habían desaparecido en Europa. Decía que si volviera a empezar su labor literaria, que inició hacía ya cuarenta años, se dedicaría a la literatura hispanoamericana.

Una de las últimas obras de Vossler es su libro **La vida espiritual en Sudamérica** en donde se encuentran excelentes estudios sobre José Hernández, Domingo Faustino Sarmiento, Güiraldes, Larreta, Reyes, Alfonso Reyes, algunos de los mismos autores que habían interesado a don Federico.

Don Federico siempre consideró a Karl Vossler como uno de los críticos más sagaces, quien llegó a entender como pocos la singularidad del mundo hispánico.

José de Onís

Universidad de Colorado, Boulder